

***LA NOVELA DE MI VIDA* DE LEONARDO PADURA: TRANSHISTORICISMO Y AUTENTICIDAD**

Jonathan Dettman

University of Nebraska at Kearney

Resumen: *La novela de mi vida* de Leonardo Padura estableció un patrón para la representación de una cubanía trans-histórica que aparecería después en otras obras del mismo autor. La novela delata una preocupación por la autenticidad de lo cubano que acaba desestabilizando el concepto de sujeto nacional, idea que en la novela tiene como fundamento un juego de falsificaciones y/o exclusiones.

Palabras Clave: Leonardo Padura, comunidad imaginada, cubanía, literatura postsoviética, nación, novela histórica.

Al volver a considerar *La novela de mi vida* (2002) más de veinte años después de su primera edición, se hace evidente que en esta obra Leonardo Padura ensayó, por primera vez y con mucho éxito, una fórmula novelística que quizá pueda llamarse *transhistórica*, pues consiste en entretrejer argumentos y personajes de distintas épocas en una narración que expresa una experiencia compartida que trasciende el tiempo. Desde entonces, en novelas como *El hombre que amaba a los perros* (2009), *Herejes* (2013) y *Como polvo en el viento* (2020), Padura ha ido trabajando con variantes de este patrón, ayudando a actualizar la novela histórica para el siglo XXI,¹ sin abandonar del todo el género neopolicial con el que logró su perfil internacional (Sánchez 66; Vizcarra 121). En estas novelas el elenco de personajes demuestra una variedad considerable y hay una enorme diversidad en cuanto a las épocas históricas representadas, tanto dentro de las obras como entre ellas. A pesar de esta heterogeneidad hay una notable recurrencia de ciertos temas: el exilio/insilio, la marginación política, la pertenencia nacional o cultural y la impunidad de personas poderosas que manipulan destinos individuales y hasta legados históricos. Estos temas (la lista no es exhaustiva) representan aspectos de lo que Padura considera dimensiones de lo cubano, y no es arriesgado afirmar que estas novelas, cuya acción puede ocurrir dentro o fuera de Cuba y en las que puede figurar o no el avatar generacional cubano Mario Conde, son esfuerzos por expresar un carácter y una realidad fundamentalmente cubanos, aun cuando pretenden tender puentes entre lo cubano y lo universal. En este ensayo se explora *La novela de mi vida* como novela trans histórica, intentando entender la relación que puede haber entre lo formal y lo nacional y, en conexión con esa relación, las preocupaciones de la novela acerca de la autenticidad histórica (autoría de textos).

La novela de mi vida consiste en tres historias entrelazadas, una “estructura triangular” que Padura indica que ha llegado a favorecer por la estabilidad narrativa que proporciona a sus novelas (Bivort 156). Las primeras dos historias, procediendo según su cronología histórica, han sido caracterizadas por Sonia Behar como introspectiva y retrospectiva, a su vez (25). La primera historia es la autobiografía introspectiva de José María Heredia, texto identificado como “la novela de mi vida”. En él, se cuenta la formación, el exilio y el eventual regreso del poeta. Además, se ofrece un retrato de una época (las primeras décadas del siglo XIX) considerada la cuna de la cultura y nacionalidad cubanas. La segunda historia es una especie de mirada retrospectiva sobre la vida de José de Jesús Heredia, el hijo ilegítimo del poeta. Esta segunda capa narrativa sirve para describir las peripecias del manuscrito extraviado de “la novela de mi vida”. La tercera historia corresponde a la Cuba de principios del siglo XX y al escritor e investigador ficticio Fernando Terry (en rigor, todos los protagonistas son ficticios, pero éste es el que no pretende representar a un individuo histórico). Terry es especialista en la vida y obra de José María Heredia y, además, se identifica personalmente con el poeta, debido a las circunstancias de su propia vida, en la que, como Heredia, ha experimentado el exilio, la traición y la desilusión. Terry ha regresado a Cuba con la idea de encontrar la verdad sobre el paradero del manuscrito de Heredia y sobre la identidad del individuo responsable de su exilio, alguien que Terry cree que se encuentra entre los que eran sus amigos más íntimos.

En el título mismo de *La novela de mi vida* se esboza una relación entre dos términos fundamentales: novela y vida. Hay cierta ambigüedad o doble sentido respecto a ambos términos. Debido a la estructura paralela o palimpséstica de la obra de Padura, *novela* puede referirse tanto a la obra de Padura—la que el lector tiene en sus manos—como al manuscrito inédito de Heredia (la autobiografía que figura como objeto de la investigación de Fernando Terry). La vida referida, entonces, puede ser la de Heredia o la de Terry, dependiendo de la “novela” en cuestión. Hay una tercera interpretación, y es la que interesa aquí: al considerar a Heredia y a Terry como iteraciones de lo cubano, unidos a través del tiempo por experiencias y circunstancias paralelas, la “vida” referida por

1. Véase P. Sánchez (2016) para un análisis de la relación de *La novela de mi vida* con *El hombre que amaba a los perros* y con otras novelas contemporáneas que reinventan la ficción histórica.

el título trasciende el tiempo y a los individuos para expresar algo que puede parecer una experiencia universal cubana. Están en juego no solo las biografías de estos personajes, una histórica y otra inventada, sino la del país entero.

Puede parecer extraño hablar de la “biografía” de un país, pero hay razones por pensar que estos términos no solo son compatibles, sino que forman parte de la razón de ser de la novela moderna, desde sus orígenes. Neil Larsen, reflexionando sobre la influencia, en el campo de la crítica literaria, de *Imagined Communities* de Benedict Anderson, señala que aunque la noción de una literatura nacional (tradicionalmente pensada como una literatura producida por una nación y que expresa alguna esencia nacional) ha sido reemplazada por una comprensión más cabal del rol de la literatura en la producción de la nación —la comunidad imaginada— este avance ha dado lugar a un procedimiento crítico generalizado, el de descubrir el “sujeto nacional” en uno que otro texto que de alguna manera (no siempre explicada) ha contribuido a la formación de un modo de ser propio del país en cuestión. El procedimiento, explica Larsen, es básicamente analógico o alegórico.

But allegory as form is scarcely adequate to the more rigorously theoretical problem here. One can find national allegories wherever one looks, because, in detecting allegorical correspondences, one basically proceeds tautologically: Sab can equal Cuba, or Cuba Sab, only because both sides of the equation are still in themselves essentially empty, theoretically unspecified entities. (171)

Como alternativa a este modo crítico, Larsen ofrece la posibilidad de una conexión formal (genésica) entre narrativa (novela) y comunidad (nación). En otras palabras, el tipo de comunidad —en este caso la nación— determina la relación que existe entre la comunidad y la narrativa.

Al conceder una relación determinante entre la forma específica de la comunidad y la relación narrativa—comunidad (Nr—Cm en el esquema de Larsen), se nos ofrece la posibilidad de considerar las diferencias que puede haber entre *La novela de mi vida* como novela contemporánea escrita por Leonardo Padura y la novela tal y como existía a principios del siglo XIX. Esta diferencia puede parecerle obvia a un estudioso de la época, quien sabe que con el término “novela” se etiquetaba textos que en tiempos actuales llamaríamos relatos o cuentos (e.g. “Una pascua en San Marcos”), pero mientras más se insista en esa diferencia (fundamental y no meramente convencional) más fácil es percibir que la nación también es algo variable en cuanto forma de comunidad. Así se rompe la ilusión de continuidad “biográfica” entre la Cuba de Arango y Parreño y la de Padura.

De hecho, al considerar que textos como el mencionado “Una pascua en San Marcos” o *Sab*, a pesar de insertarse, en el primer caso, en el canon nacional cubano como una temprana muestra de crítica social (el blanco de esa crítica es la burguesía azucarera) o ser considerados, en el segundo caso, una “ficción fundadora” de la nación (Sommer), en realidad representan a sociedades bastante más reducidas que lo que hoy entendemos por “nación”. *Sab*, por ejemplo, corresponde a las perspectivas y a los intereses de una oligarquía regional (Puerto Príncipe) relativamente alejada de los debates capitalinos y las presiones económicas que serían decisivas en la formación del bloque criollo azucarero cuya conciencia de comunidad iba perfilándose frente a sus rivales peninsulares en el sector comercial.

Ya que *La novela de mi vida* pretende salvar esas diferencias y establecer una continuidad entre la Cuba decimonónica y la del siglo XXI, es necesario detenernos en algunas de las características de la

“nación” en ambos periodos, empezando con la época formativa y luego considerando las exclusiones implicadas en la definición de un sujeto nacional. Finalmente, se explora cómo estas exclusiones producen una preocupación sobre la autenticidad, con implicaciones para la coherencia de la nación a principios del siglo XXI.

La primera mitad del siglo XIX es considerada de importancia fundamental para la formación de la nación cubana. En particular, la tertulia intelectual en torno a Domingo del Monte, activa en las décadas del 1830 y 1840, parece haber tenido una influencia decisiva. Aunque la centralidad de esta generación de intelectuales ha sido disputada por historiadores revolucionarios como Walterio Carbonell, su papel en la formación de la cultura cubana sigue siendo motivo de interés para los cubanos de hoy. A Padura lo podemos ubicar entre los que piensan que Del Monte era una figura clave, pues *La novela de mi vida* no solo lo coloca al centro de las circunstancias y traiciones que obligaron a José María Heredia a exiliarse, sino que también identifica a Del Monte como autor de un fraude histórico en torno al *Urtext* de la literatura cubana, el poema épico *Espejo de paciencia*. “Triste, demasiado triste, resultaba saber que estábamos naciendo a algo tan sagrado como la literatura sobre una mentira” (337).

Es cierto que Del Monte ocupaba un lugar céntrico en la vida intelectual habanera y en los debates sobre el destino político de la isla. Después del brote del separatismo en la década del 1820 (probablemente el periodo en el que se vio más ejemplos de independentismo abierto hasta la Guerra de los Diez Años), la censura obligó al independentismo a revestirse de cultura y, como resultado, aparecieron publicaciones como *La moda o Recreo Semanal del Bello Sexo* y luego la *Revista Bimestre Cubana*, ambas editadas por Del Monte, en las que se proyectaba la tendencia burguesa-nacionalista por una vía cultural (Ferrer, 100). Pero estas circunstancias indican que la tendencia nacionalista existía desde antes y que Del Monte no era su originador sino uno de sus portavoces. Para entender los orígenes de una conciencia nacionalista cubana hay que recurrir a otro tipo de literatura.

En *Imagined Communities*, Anderson sugiere que el periódico, con su ritmo diario o semanal, marca el paso de un tiempo calendárico y que la fecha impresa en la cabecera es lo que permite ordenar los sucesos en la vida del personaje-nación que aparece a intervalos (el ejemplo de Anderson es el país de Mali, un personaje menor en las páginas del *New York Times*) (33). Más tarde, Anderson elabora sobre esta idea, indicando que eran más que nada las noticias políticas y comerciales, notas sobre productos, bodas, embarcaciones, envíos, etc., que producían la “comunidad imaginada” entre quienes se creían (o en efecto eran) los dueños de “estos barcos, esposas, obispos y precios” (Anderson, 62). Cabe preguntar, entonces, si se debe prestar tanto o más atención a la prensa mercantil que a la *Revista Bimestre Cubana* en considerar el impacto de la literatura en el desarrollo de una conciencia nacional cubana.

Manuel Moreno Friginals (2001) explicó:

Desde principios de siglo se editaron en Cuba numerosos periódicos comerciales con noticias sobre los principales productos de importación y exportación de la Isla. En ellos hay una gran riqueza de información sobre precios, exportaciones, azúcar almacenada, coyuntura del mercado, etc. Como publicación pionera de este tipo tenemos el *Diario Mercantil*, La Habana, de 1811, con un suplemento en inglés (semanal). (748)

Además, Moreno Friginals señaló que la publicación de Ramón de la Sagra, *Anales de Ciencias, Agricultura, Comercio y Artes*, tuvo en sus

inicios “un alto nivel técnico y derivó hacia el campo político, desprestigiándose finalmente con la agria y negativa polémica sobre el poeta José María Heredia” (747-48).² En realidad, esa publicación fue recibida, desde el principio, con mucho escepticismo por la intelectualidad criolla, que entendía que el rol de La Sagra era promover los intereses peninsulares desde la Cátedra de Botánica y con sus varias publicaciones periodísticas y científicas. De hecho, los Anales fueron sujetos a un boicot informal que minó la viabilidad económica de la publicación (Ferrer 96). No obstante la falta de éxito de los *Anales*, llama mucho la atención que los españoles peninsulares librasen una campana nacionalista no solo desde instituciones como el Jardín Botánico y con publicaciones económicas y científicas, sino que también quisieran intervenir en el campo de la cultura. Cabe pensar que las gacetas mercantiles, dominadas por noticias de embarcaciones y el precio de mercancías de varios tipos, no producían invariablemente una conciencia de comunidad enteramente local (Anderson dice provinciana). En Cuba, al menos, donde el sector comercial seguía, a principios del XIX, en manos de peninsulares, es probable que esas publicaciones, aun antes del ejemplo de La Sagra, ayudaran a fortalecer un concepto de comunidad *española* frente a los criollos productores de azúcar.

Hasta se nota cierto fenómeno de racialización en esta división, que según José Luis Ferrer se agudizaba en esa misma época.

Los productores, como grupo social, a menudo expresaban su desprecio hacia los comerciantes, caracterizándolos como advenedizos, nuevos ricos, e ignorantes. Los comerciantes, a su vez menospreciaban a los criollos, a quienes irónicamente llamaban “mulatos”. (34)

Anderson destaca esta tendencia racializadora, opinando que la emergencia de poblaciones criollas excluidas de alto cargos administrativos (tales políticas exclusivas estaban generalizadas en Hispanoamérica) produjo actitudes que anticipaban el racismo moderno (59). Con todo, lo importante es saber que a principios del siglo XIX hubo dos o varios nacionalismos en competencia y que el nacionalismo criollo, en particular, encerraba cierta preocupación racial, en parte como consecuencia de la racialización mencionada, pero ante todo debida a las contradicciones internas de la población criolla.

Los criollos de Cuba, sobre todo la clase dominante azucarera, vivían presos de varias contradicciones político-económicas. Como consecuencia, la “comunidad imaginada” de este grupo tenía características determinadas por estas mismas contradicciones. La nación en ciernes iba definiéndose a partir de una serie de exclusiones que no se limitaban al anti españolismo o al anti criollismo.

No obstante el antagonismo entre criollos y peninsulares y el hecho de que estos últimos iban a quedar excluidos, pasado el tiempo, de “lo cubano” y que, a su vez, pretendían excluir a los primeros de lo español y lo europeo, ambos grupos participaban de la “esfera pública” configurada por la prensa periódica y otras publicaciones, tertulias, etc. Este acceso a la esfera pública legitimaba a estos grupos como actores políticos con el derecho de intervenir en el futuro del país, a pesar de que las autoridades españolas quisieron limitar en ocasiones las ideas que se podían ventear en público.

Había otro sector de la población, los africanos y afrodescendientes, que era excluido sistemáticamente de la esfera pública y que por lo tanto no era reconocida dentro del sujeto colectivo conocido como “el público”. El historiador radical Walterio Carbonell insistió en que el antagonismo principal de la sociedad cubana era el que existió entre esclavistas y personas esclavizadas y que la rivalidad entre criollos y peninsulares, plantadores y comerciantes, etc. eran “contradicciones secundarias”

2. Respecto a Del Monte y su postura hacia Heredia, es de notar que Saco no fue el único defensor del poeta. El mismo Del Monte, a pesar de que *La novela de mi vida* sostiene que había traicionado a Heredia años atrás, promovió la segunda edición de sus poesías desde las páginas de la *Revista Bimestre* en 1832, época en que Del Monte seguía al mando de la revista. Saco devino editor principal a partir del sexto número, según José Luis Ferrer (123n).

(71-72). La contradicción principal, el enfrentamiento entre amos y esclavos, era motivo del mayor temor de los criollos azucareros en Cuba: la posibilidad de “otro Haití”, es decir, una sublevación de esclavos generalizada. Ese miedo es documentado no solo por la presencia de numerosas milicias y expediciones de rancheadores en una constante actividad represiva hacia la población negra (aquí cabe mencionar también la destrucción de la clase media de artesanos libertos en La Habana en pos de La Escalera), sino también por obras como “El rancheador” de Pedro José Morillas o el *Diario* de Francisco Estévez editado por Cirilo Villaverde.

Este miedo también queda registrado en *La novela de mi vida* como parte de su recreación de la época. Padura lo coloca en boca de Saco: “—¿Y los negros, poeta? ¿Qué va a pasar cuando se subleven? Todo lo que has dicho suena muy bien, pero si no tienes respuesta para esa pregunta, no cuentes con la gente que decide en Cuba” (156). La respuesta, para muchos de los criollos, resultó ser el proyecto de promover la mano de obra blanca para aumentar la población de origen europeo.

A postrimerías del siglo XVIII, cuando los terratenientes aún no se habían constituido como comunidad protonacionalista criolla pero sí como sector económico con ambiciones para expandir el cultivo del azúcar, el mismo temor al negro subyacía el “Discurso sobre la agricultura” de Arango y Parreño, quien, en un texto que arguye *a favor* de la introducción masiva de negros en Cuba, tuvo que adelantar una serie de precauciones, pues al mismo tiempo que constituía una oportunidad para rellenar “el vacío que ha dejado el incendio del Guarico” (76) representaba un peligro, tanto por la posibilidad de una alianza entre los esclavos y los afrodescendientes libres —según Arango “todos son negros; poco más o poco menos tienen las mismas quejas y el mismo motivo para vivir disgustados de nosotros” (97)— como por la eventualidad de una revuelta en el campo, pues entre las precauciones recomendadas están la de aplicarles un tratamiento humano a los esclavos (Arango no ve la esclavitud como inhumana en sí) y, en lugares rurales, la de establecer una población estable en las aldeas, “que serían un poderoso freno para las ideas sediciosas de los esclavos campestres” (98). La idea, entonces, era aumentar la población blanca en el campo a través del “arreglo de la policía de los campos y el establecimiento de medios que, al paso que hagan agradable esta vida inocente, faciliten la propagación de la especie” (99). En este pasaje del texto vemos la promulgación de tres ideas que llegarían a ser fundamentales para la incorporación del campo cubano en el imaginario nacional y en el proyecto de expansión económica. Primero, la “vida inocente” o el idilio del campo; segundo, la importancia de “policía” o reparto de elementos infraestructurales e institucionales (aldeas uniformes y bien gobernadas, vías de transporte seguras, etc.);³ tercero, y entre líneas, la “especie” o sujeto que viviría esa vida rural: el campesino blanco, sencillo y trabajador que llegaría a conocerse como “guajiro”.

El aumento de la población blanca era un proyecto recurrente en la Cuba decimonónica. Uno de los más frecuentes corresponsales de Domingo del Monte, Gaspar Betancourt Cisneros (“El Lugareño”), era uno de los promotores más activos de este proyecto. La idea era que la población blanca no debía ser superada numéricamente por esclavos y afrodescendientes para que Cuba no corriera el riesgo de ser “otro Haití”. Para “El Lugareño”, la mano de obra blanca también serviría de contrapeso frente al poder dominante azucarero; como vocero y líder del sector ganadero basado en Puerto Príncipe, le convenía, por motivos competitivos, reducir la dependencia de mano de obra esclava. *Pace* William Luis, quien considera que la promoción, en la obra de Saco, de la mano de obra blanca era una pantalla para la abolición (33-34), en realidad el deseo más ferviente de los criollos blancos era la eliminación de los africanos y afrodescendientes.⁴

3. Daniel Nemser, en *Infrastructures of Race*, explica que en las colonias hispanoamericanas *policía* significaba no solo la práctica de mantener el orden público en la ciudad planificada e idealizada (“letrada” en el análisis de Ángel Rama), sino también un nuevo orden social que permeaba tanto los espacios públicos como los privados (38-49).

4. En su ensayo “Negrofobia”, Manuel Moreno Fragnals documentó la fuerte aversión de José Antonio Saco hacia el negro, una antipatía que “fue más allá que los propios hacendados” (45).

Del Monte mismo, a pesar de sus esfuerzos por abolir la trata y de su rol en la promoción y emancipación de Juan Francisco Manzano, no veía a los afrodescendientes como parte integral de la nación emergente ni ofrecía ningún tipo de plan para asegurar el futuro de los afrodescendientes en el que se efectuara su libertad. Su visión, de hecho, era de una Cuba en la que los africanos y afrodescendientes desaparecerían pronto, según indicó en una entrevista con Richard Madden:

7.¿Si parase el tráfico de esclavos, en cuánto tiempo se calcula que se acabarían los existentes hoy, suponiendo que no se cambiase el sistema actual con que se le maneja?

—Dentro de 20 años, poco más o menos; porque la mortandad ordinaria se calcula en un 5 por ciento, pues aunque es cierto que en los ingenios mueren en mayor proporción, en las ciudades, en los cafetales y otras fincas menores es mucho más baja. (Del Monte 134-135)

Francisco Morán remata su propio análisis del racismo de Del Monte con una conclusión similar: “Lo que sí se insinúa aquí es un abolicionismo gradual que dependería del aumento de la población blanca a través de políticas de inmigración” (58). Se trata menos de liberación que de sustitución.

“El problema del negro” era fundamental para la incipiente burguesía criolla. Los esclavos representaban al mismo tiempo, una amenaza a su seguridad y una garantía de su futuro económico. Además, su presencia era un inconveniente para sus deseos autonomistas o independentistas, según el caso, porque dependían del poder militar español para reprimir las constantes conspiraciones y rebeliones de esclavos. Hasta la oposición criollo-peninsular que se consolidó en la década del 20 se produjo gracias al rol de los sectores respectivos en la importación y utilización de esclavos africanos. Eran dos facciones de una economía proto industrial que llegaron a considerarse patriotas de naciones distintas, una transatlántica e imperial, otra definida por la emergente coherencia geográfica, lingüística y económica de lo que hoy se conoce como el país de Cuba. Coincidió con Walterio Carbonell, quien polemizó contra lo que él consideraba un error generalizado en la historiografía cubana: el de considerar la división criollo-peninsular el aliciente de la formación de la cultura cubana, cuando en realidad era la presencia de los negros, a la vez mercancía valiosa y elemento de resistencia, que posibilitó la formación de estos sectores, los enfrentó y ejerció presión constante sobre la burguesía criolla. Carbonell asevera que la contradicción fundamental de la sociedad cubana era que toda la economía de la isla, toda la “riqueza de la nación” que quería serlo, dependía de una masa de personas esclavizadas. Todo lo demás eran contradicciones secundarias (Carbonell 71-72).

Como he propuesto en un artículo anterior (“Después de todo, compromiso”) esta misma contradicción y, es más, una especie de culpa por la exclusión y desatención histórica hacia la contribución africana a la identidad nacional cubana aparecen, sublimadas, en *La novela de mi vida* y, en particular, en la oposición Heredia-Del Monte. Este contraste binario entre protagonista y antagonista es construido, en la novela, a base de cuestiones de autenticidad y honestidad (volveré sobre este punto) y, en el fondo, a base del grado de integración de estos dos hombres en el sistema esclavista. En resumidas cuentas, el Del Monte de la novela es el que más se beneficia de este sistema y el que más culpabilidad tiene al respecto, aunque hay razones para pensar que esa diferencia se debía más a las circunstancias que al carácter de estos individuos. Hasta el Heredia de Padura confiesa sus ambiciones sociales: “me sentía herido en mi orgullo varonil y sobre todo ante la evidencia de que apenas era un huérfano pobrete, sin posibilidades de aspirar a ser admitido en el clan

opulento de la familia Junco” (104). De haberse casado con Lola Junco, Heredia se habría integrado, igual que Del Monte, en la sacarocracia. Con todo, lo importante es notar que estas preocupaciones (autenticidad e implicación en la esclavitud) se han convertido en un aspecto formal de *La novela de mi vida*.

Otro tema importante, asociado con el Heredia recreado por Padura, es la condición de víctima o persona marginada. En *La novela de mi vida*, la huida de Heredia es ocasionada por su afiliación con una conspiración separatista (Rayos y Soles de Bolívar). Al volver a Cuba tras años vividos en el exilio, Heredia recibe la noticia devastadora de que fue Del Monte quién lo delató ante las autoridades, información aparentemente confirmada por el extraño comportamiento de Del Monte, que hizo todo lo posible para evitar a su antiguo amigo en lugar de recibirlo.

Fernando Terry, protagonista del hilo argumental que transcurre en el siglo XXI, funciona como una especie de doble de José María Heredia. Ambos eran literatos talentosos que tuvieron que exiliarse; ambos fueron traicionados, al parecer, por un amigo íntimo. Ambos son víctimas, entonces, de personas más poderosas y menos honestas. El paralelismo entre Terry y Heredia es fortalecido por dos escenas en las que ellos se enfrentan como en un espejo.

Perdido en sus elucubraciones, Fernando no advirtió la cercanía del velero turístico hasta que la brisa le trajo la música de tambores y maracas tocada a bordo. Cuando miró hacia la embarcación descubrió, acodado a la baranda, a un hombre al parecer ajeno al jolgorio de los demás turistas. De pronto, la mirada del viajero se levantó y quedó y quedó fijo sobre Fernando, como si le resultara inadmisibles la presencia de una persona, sentada en el muro, a merced de la soledad reverberante del mediodía habanero. Sosteniendo la mirada del hombre, Fernando siguió la navegación del velero hasta que la más modesta de las olas levantadas por su paso vino a morir en los arrecifes de la costa. Aquel desconocido, que lo observaba con tan escrutadora insistencia, alarmó a Fernando y le hizo sentir, como una rémora capaz de volar sobre el tiempo, el dolor que debió de embargar a José María Heredia aquella mañana, seguramente fría, del 16 de enero de 1837, cuando vio, desde el bergantín que lo devolvía al exilio luego de una lacerante visita a la isla, como las olas se alejaban en busca precisamente de aquellos arrecifes, el último recodo de una tierra cubana que el poeta ya nunca volvería a ver. (17)

Mientras el barco abandonaba el puerto, desde la borda en que me había acodado eché una última mirada a la isla y sobre los arrecifes de la costa descubrí a un hombre, más o menos de mi edad, que seguía con la vista el paso del barco. Por un largo momento nuestras miradas se sostuvieron, y recibí el pesar recóndito que cargaban aquellos ojos, una tristeza extrañamente gemela a la mía, capaz de cruzar por encima de las olas y el tiempo para forjar una misteriosa armonía que desde entonces me desvela, pues sé que fuimos algo más que dos hombres mirándose sobre las olas. (332)

Este juego de dobles, algo forzado en estas escenas pero que también se evidencia en otros detalles a lo largo de la novela, tiene el efecto de producir una cubanía transhistórica en torno a la experiencia común de ser exiliado, ninguneado y manipulado cínicamente por unos poderosos. Ahora, ni Padura ni la novela sostienen que estas experiencias abarcan todo “lo cubano”; los elementos vinculadores son menos importantes que la existencia de algún vínculo nocional que nos permita imaginar que estas dos personas son dos ejemplares de una identidad nacional persistente.

Esta transhistoricidad del sujeto cubano mete a la crítica en la tentación de sostener lecturas alegóricas del tipo mencionado anteriormente. Según este tipo de lectura, la historia de Heredia es un comentario apenas velado sobre la escena política cubana a finales del siglo XX. Claudia Hammerschmidt señala que “esta línea interpretativa [...] no deja de incurrir en cierto esencialismo hermenéutico de la lógica representativa que nivela las diferencias funcionales y estéticas representadas por Heredia y Terry” (1211). Entre los que avanzan lecturas alegóricas de *La novela de mi vida* hay varios (Murov, Alcocer, Pérez) que reconocen sin embargo que no se debe ir muy lejos y que cualquier expansión alegórica del doblote Terry-Heredia que intente pintar a ambos como víctimas de un autoritarismo que empareja a Castro y Tacón quedará minada por los detalles. Hammerschmidt apunta a otros aspectos de *La novela de mi vida* que indican “la relación difícil entre los tiempos, el peligro que significa su comparación” (1210n).

Sin entrar en las diferencias entre un régimen colonial y otro que intentó sacar la isla del neocolonialismo, es difícil pintar a Terry como una víctima de las autoridades, sin ambages. Su tragedia consiste precisamente en que ha pasado media vida creyéndose víctima cuando en realidad fueron sus propias acciones las que lo llevaron al exilio y, en el caso de uno de sus amigos, a una muerte temprana. En cuanto a Heredia, él comparte con Terry cierta ingenuidad que permite a Tomás, con su objetividad y cinismo implacables, decir “Uno ya está bastante viejo para creer [...] que Heredia no era un comemierda que se metió en camisa de once varas y después se pasó la vida lamentándose, igualito que tú” (266). Así, la noción de la culpabilidad en el caso de Terry se vuelve inestable. Sin embargo, la novela sigue trabajando sobre una lógica transhistórica según la que ambos personajes quedan excluidos de una misma comunidad nacional cubana con la que los lazos pueden ser debilitados o rotos, pero también restaurados. Si la novela de Padura abre la posibilidad de una cubanía transhistórica, al mismo tiempo la pone en entredicho. La obra produce una tensión entre la imposibilidad de pertenecer (la figura principal de esta imposibilidad es el exilio) y el deseo de pertenecer.

En *La novela de mi vida* son los otros que deciden si uno pertenece a la comunidad, como el Del Monte ficticio quiso decidir el destino de Heredia o como Terry, sin darse cuenta, contribuyó con sus acciones a la marginación de Miguel Ángel y la muerte de Enrique. Se hacen visibles en la novela de Padura dos poderes capaces de hacer pertenecer o no pertenecer. Uno, que podemos llamar simplemente “el poder”, es representado por figuras como Tacón y Ramón (riman tanto los nombres como las escenas en las que los protagonistas se enfrentan a ellos), quienes destierran o destituyen según las necesidades del Estado que está detrás de ellos. Ambos exhiben un cinismo impersonal que niega la posibilidad de solidaridad, comunidad o nación. “¿De qué pueblo me habla usted?” (313) le pregunta Tacón a Heredia. “Aquí a cualquiera lo joden” (322), asevera Ramón, justificando su propia falta de empatía y escrúpulos como una ley universal. Fernando Terry, por su parte, admite que “el cinismo de aquel hombre lo asfixiaba” (322). Un tercer representante del “poder” es Del Monte, que también manipula destinos e ingenia destierros en beneficio de un proto Estado criollo y burgués en vías de elevarse y definirse frente a la autoridad colonial. “Él quiere disminuirte como poeta, porque se ha propuesto inventar a la literatura cubana y quiere hacerlo sin ti” (294)

Sin embargo, tanto Heredia como Fernando Terry trascienden el exilio, el primero al ser alzado, después de la muerte, como poeta nacional y el segundo al decidir volver a vivir en Cuba. El amor patrio del poeta, realizado en su obra, y el deseo de pertenecer de Terry son las cualidades “heroicas” que les permiten vencer al exilio. Sin embargo, es notable que, en ambos casos, son acciones ajenas a los exiliados (la canonización literaria del poeta y el acogimiento de Fernando por

Delfina y los Socarrones) las que posibilitan la reintegración en la comunidad, proporcionando el ejemplo de un segundo poder capaz de “hacer pertenecer”.

...Álvaro, el negro Miguel Ángel, Tomás y el bello Arcadio beben en obligado silencio el café que Conrado se ha encargado de preparar, mientras Delfina, con dos tazas en la mano, se acerca a él. Entonces Fernando debe recordar, como si en ese instante le decretaran su momento de morir, todos los días de su vida en que le han impuesto la condena de beber en solitario el primer café de la mañana, sin oír siquiera la simple advertencia que ahora le hace su mujer.

-Cuidado, está caliente. (341)

Los gestos y, sobre todo, el perdón de los amigos, permiten que Fernando vuelva a pertenecer, que los otros pertenezcan a él (“su mujer”) y que disfrute, por primera vez en muchos años, el simple placer de un café en compañía.

Con todo, la noción de una cubanía transhistórica convive con la idea de que la pertenencia a una comunidad puede ser una puerta giratoria y que el sujeto nacional puede dejar de serlo para luego volver a serlo. Y si la comunidad nacional de cierta época rechazó a un individuo, puede que en otra época lo admita como ejemplar de lo cubano. Todo remite a la diacronicidad de la nación y a la relación mutable que los escritores pueden sostener con ella.

Padura mismo ha indicado que la cuestión de la nacionalidad de un autor vuelve un tema insoslayable solo en casos de escritores de la llamada periférica (Sur Global, Tercer Mundo, etc.). A ningún autor norteamericano le preguntan acerca de su decisión de quedar en su propio país, por ejemplo, aun cuando ese país produce motivos de sobra por hacer preguntas de índole política.

En una entrevista con el afortunado Paul [Auster] que acabo de leer ni siquiera le preguntas acerca de temas tan sensibles como la ardua vigilancia a la que han sido sometidos los ciudadanos norteamericanos como ganancia del 11-S, o del control de los individuos por el FBI [. . .] por la Agencia de Seguridad Nacional, por el Departamento del Tesoro y por otras entidades controladoras, bancos incluidos, que saben desde el ADN hasta la marca de papel sanitario que usa una persona. (“Yo quisiera ser Paul Auster” 285-86)

Una de las razones por la que Padura sigue viviendo en Cuba, y más específicamente en Mantilla, parece ser que, como autor, valora el contacto con la gente. Según él, su actividad creativa se nutre y se beneficia de mantener una conexión íntima y diaria con el *modo de pensar* del pueblo. De ahí se deduce que, para Padura, la gente de su barrio tiene una mentalidad que no solo cambia con el tiempo, sino que también difiere hasta cierto punto con la del autor. Si fuera algo estable o algo que Padura creía representar en su propia persona, no existiría ninguna necesidad de mantener ese contacto constante. Podemos afirmar, como extensión lógica, que el autor teoriza la subjetividad del “pueblo” como una mentalidad sujeta a transformaciones y que un escritor no necesariamente comparte o entiende sin entrar en conversación con los vecinos (integrantes o representantes del pueblo).

Nótese como se abre la brecha tradicional entre el intelectual y las masas o, en términos más concretos, entre trabajador intelectual y trabajador manual. Hay en Cuba en larga tradición polémica sobre el rol del intelectual en la revolución y su deber para con el pueblo. No es necesario revisar este debate en tiempos posrevolucionarios, pero Padura es hasta cierto punto un producto de esa tradición y la

responsabilidad que siente hacia el pueblo puede surgir de ella. Ahora, Padura probablemente no caracterizaría esa responsabilidad en términos didácticos o revolucionarios, sino en términos de autenticidad y honestidad.

Por ejemplo, lo que redime el personaje de Fernando Terry es su capacidad de asimilar sus propios errores y de ser honesto con sí mismo. La honestidad, asociada con los protagonistas Terry y Heredia, es un valor fundamental en *La novela de mi vida*, mientras que los antagonistas, el policía “Ramón” y Domingo del Monte son revestidos de deshonestidad y cinismo. “Ramón” es un camaleón capaz de cambiar su profesión, su orientación ideológica y hasta su identidad. Le había puesto una trampa a Fernando, no por un sentido de deber o compromiso político sino “por hijo de puta” (322). Del Monte, por su parte, exhibe una doblez que trasciende lo personal y que tiene implicaciones para la identidad nacional, que es lo que interesa aquí.

A Padura le importa que sus novelas correspondan con los intereses reales del público lector cubano, y le complace mucho que sus libros circulen y se lean con avidez en Cuba (a pesar de la escasez de ediciones y ejemplares). Le importa serle fiel a la realidad cotidiana de los cubanos y tener siempre puesto “el detector de mierda”, según la máxima hemingwayana que el autor cubano cita a menudo. Ian Watt, en su clásico tratamiento del auge de la novela, sugiere que las varias características técnicas (formales) de la novela se dirigen hacia el objetivo de producir un recuento preciso de la experiencia del individuo y un aire de autenticidad (27). Tal idea es consistente con las declaraciones de Padura sobre su novelística, que según él debe corresponder (informar sobre y representar) a una subjetividad popular. En una entrevista radiofónica, Padura indicó que le es importante volver a su casa en Mantilla para poder conversar con la gente del barrio. “Sigue siendo un lugar donde me resulta fácil conectarme con la realidad... sobre todo lo que va pensando la gente, eso es muy importante” (Builes). Explica el autor que ese pensamiento popular es algo que tiene que asumir si quiere escribir sobre él.

Este esfuerzo por captar un sujeto colectivo y de producir literatura que sintonice con un sujeto en particular no se limita a Padura o a *La novela de mi vida*. Anselm Jappe, glosando a Guy Debord, ha indicado que la función del arte en una sociedad caracterizada por la separación es representar una unidad perdida y que la disolución de las comunidades tradicionales significa que el arte solo puede representar la contradictoria realidad de estas comunidades como sujetos imposibles e incoherentes (107-108). Esto es muy sugerente en relación con las declaraciones de Padura sobre el contacto con el pueblo, específicamente con el pueblo de Mantilla, un barrio popular y obrero. Padura siente como una pérdida la forma en que el crecimiento de La Habana ha ido minando las particularidades de Mantilla (Builes) y (se supone que también) la posibilidad de que exista una identidad barrial. Es esa imposibilidad (actual o futura) que queda plasmada en una novela en la que la *pertenencia* a una comunidad sirve de eje temático y formal.

La posibilidad, no solo de que un individuo pueda dejar de pertenecer a una comunidad, sino que la comunidad misma deje de existir como tal, es una corriente subterránea en *La novela de mi vida* y nos hace preguntar, volviendo a lo dicho previamente al considerar a Larsen y Anderson, ¿Si la nación produce novelas, por qué se empeñan las novelas en (re)producir la nación?

El transhistoricismo presente en *La novela de mi vida* puede entenderse como un mecanismo compensatorio que insiste en la coherencia y unidad de una comunidad nacional que en realidad es caracterizada por la diversidad de experiencia de los grupos y individuos, la divergencia identitaria, la diáspora, el paulatino colapso del proyecto ideológico

socialista y otros elementos desagregadores. “Nación” como categoría social vivida ha llegado a ser tan sobrecargada y desbordada que la novela intenta compensar con personajes en duplicado o triplicado, tratando de distilar una esencia de algo fundamentalmente heterogéneo y diacrónico. De ahí que el concepto de traición tiene un doble filo: por un lado, un individuo como Del Monte puede traicionar a la patria con patrañas y falsificaciones; por otro, Fernando Terry se traiciona a sí mismo debido a sus flaquezas (incertidumbre e incoherencia internas): “te embarraste tú solo” (321-322). Del mismo modo, las contradicciones internas de la nación “traicionan” al sujeto transhistórico que pretende ser.

Por lo tanto, las traiciones más consecuentes en *La novela de mi vida* son las que amenazan la integridad del sujeto nacional cuya unidad la obra pretende establecer. Además de ser amigo falso de Heredia, el Del Monte de *La novela de mi vida* ha perpetrado un fraude histórico: la falsificación de *Espejo de paciencia*, un poema del siglo XVII atribuido a Silvestre de Balboa. A pesar de que hay evidencia de sobra para concluir que el poema es auténtico (la “evidencia” en contra consta de especulaciones) (Marrero-Fente), tanto Heredia como otros personajes de la novela insisten en que se trate de otra mentira de Del Monte.⁵ Esta mentira es particularmente ofensiva porque, al parecer, amenaza el concepto de la nación como algo auténtico. “Triste, demasiado triste, resultaba saber que estábamos naciendo a algo tan sagrado como la literatura sobre una mentira” (337).

Así volvemos a la cuestión de la literatura y su rol en la formación de la nación, mencionando, de paso, que *Espejo de paciencia* no es el único texto sobre el que dictamina *La novela de mi vida*. En la *Autobiografía* de Heredia, el manuscrito inédito que es el objeto de la investigación de Fernando Terry y que aparece inserto en *La novela de mi vida*, hay una escena en la que el poeta se encuentra “enfrascado en la ardua escritura de una tragedia centrada en el héroe mexicano Xicoténcal” (143). Este texto se conoce hoy como *Jicoténcal*, es considerado la primera novela histórica escrita por un hispanoamericano. Ha habido un largo debate sobre la autoría de ese texto, dominado por las investigaciones de Alejandro González Acosta, quien apuntó a Heredia, y Luis Leal, quien señaló a Félix Varela como autor y hasta publicó una edición de la novela atribuida a él.⁶

Además de declarar sobre la autoría de *Espejo* y *Jicoténcal*, la novela de Padura produce su propio texto apócrifo: la *Autobiografía* de Heredia. Según lo que se sabe, el manuscrito de *Espejo* fue encontrado inserto en una obra mayor, *La historia de la isla y catedral de Cuba*, de Pedro Agustín Morel de Santa Cruz, y estas circunstancias alimentaron las teorías sobre su falsificación. En otro juego de espejos, *La novela de mi vida* revela esta (supuesta) falsificación con detalles incluidos en otro texto falsificado (una falsificación “legítima” por tratarse de ficción) inserto en otro: la *Autobiografía* que aparece a intervalos en la historia de Fernando Terry que forma la narración principal de *La novela de mi vida*.

Con este juego, Padura llama la atención sobre lo contingente de la idea de la nación, su susceptibilidad a falsificaciones, su naturaleza como un campo de batalla entre visiones contradictorias que movilizan símbolos y personajes históricos, tratando de rearticular y redefinir la cubanía en una época en que la política del socialismo no tiene la fuerza unificadora que anteriormente haya tenido.⁷ Padura mismo ha indicado que en su obra “la figura de Heredia y su época están reflejadas desde una óptica contemporánea y responden a fines diría que filosóficos también contemporáneos” (Ponce párr. 6) y que “la cubanidad es un proceso, más que una categoría establecida” (Ponce párr. 22). Como la obra del Socarrón Miguel Ángel, “una historia decimonónica, de gentes comunes, que se encuentran y se desencuentran movidos por los vientos de la historia, en una trama a través de la cual se podía hacer

5. En la “Noticia histórica” que sirve de colofón a *La novela de mi vida*, Padura refuerza las dudas acerca de *Espejo de paciencia*, alegando que “nunca han podido explicar de modo satisfactorio la extraña aparición del manuscrito y la diversidad estilística que se advierte en algunas de sus estrofas” (344).

6. Recientemente, María Helena Barrera-Agarwal ha reunido pruebas documentales que demuestran contundentemente que el autor verdadero de la novela *Jicoténcal* fue el cubano Cayetano Lanuza.

7. Véase el trabajo de Ariana Hernández-Reguant sobre el nacionalismo cultural en el Período Especial.

una lectura oblicua del presente” (41), *La novela de mi vida* tampoco se escapa de estas contradicciones, siendo una prueba de la persistencia de la nación como idea y como realidad político-económica y, al mismo tiempo, evidencia de su incoherencia y fragilidad.

ISSN: 1523-1720
NUMERO/NUMBER 52
Enero/January 2025

CIBERLETRAS

OBRAS CITADAS

Alcocker, Rudyard J. "Politically Escapist... or Engaged? History and Subversion in Leonardo Padura's *La novela de mi vida*." *Transmodernity: Journal of Peripheral Cultural Production*, vol. 4, no. 2, 2014, pp. 25-37.

Anderson, Benedict. *Imagined Communities*. Verso, 2006.

Arango y Parreño, Francisco. *Discurso sobre la agricultura de la Habana y medios de fomentarla (1792)*. Fundación Ignacio Larramendi, 2020. <https://www.larramendi.es/es/consulta/registro.do?id=28561>.

Barrera-Agarwal, María Helena. "Jicotencal: An Enigma is Solved." *A Contracorriente: Una revista de estudios latinoamericanos*, vol. 16, no. 1, 2018, pp. 390-395.

Behar, Sonia. "Perspectivismo y ficción en *La novela de mi vida*. La historia como versión de sí misma." *Memoria histórica, género e interdisciplinariedad: Los estudios culturales hispánicos en el siglo XXI*, editado por Santiago Juan-Navarro y Joan Torres-Pous, Biblioteca Nueva, 2008, pp. 23-29.

Bivort, Sabine (2013): "Leonardo Padura y la dignidad del derrotado." *Letral*, no. 10, 2013, pp. 152-158.

Builes, Camila, entrevistadora. "Mi barrio es mi patria [Leonardo Padura]." *Literatura al margen*. Radio HJCK Bogotá, 24 nov 2020. <https://omny.fm/shows/hjck/mi-barrio-es-mi-patria-leonardo-padura#description>.

Carbonell, Walterio. *Crítica: cómo surgió la cultura nacional (1961)*. Biblioteca Nacional José Martí, 2005.

Del Monte, Domingo. *Escritos*. Cultural S.A., 1929.

Dettman, Jonathan. "Después de todo, compromiso." *Casa de las Américas*, vol. 270, 2013, pp. 101-105.

González Acosta, Alejandro. *El enigma de Jicotencal: Estudio de dos novelas sobre el héroe de Tlaxcala*. UNAM, 1997.

Ferrer, José Luis. *La invención de Cuba: Novela y nación: 1837-1846*. Verbum, 2018.

Hammerschmidt, Claudia. "Estéticas en lucha. La sublimidad de la pérdida en *La novela de mi vida* o el realismo estético de Leonardo Padura." *Revista Iberoamericana*, vol. 85, no. 269, 2019, pp. 1205-1222.

OBRAS CITADAS

Hernández-Reguant, Ariana. *Cuba in the Special Period: Cultura and Ideology in the 1990s*. Palgrave Macmillan, 2009.

Jappe, Anselm. "Sic Transit Gloria Artis: 'The End of Art' for Theodor Adorno and Guy Debord." *Substance*, no. 90, 1999, pp. 102-128.

Larsen, Neil. *Determinations: Essays on Theory, Narrative and Nation in the Americas*. Verso, 2001.

Leal, Luis. "Jicotencal, primera novela histórica en castellano." *Revista Iberoamericana*, vol. 25 no. 49, 1960, pp. 9-31.

Luis, William. *Literary Bondage: Slavery in Cuban Narrative*. University of Texas Press, 1990.

Marrero-Fente, Raúl. "En el 400 aniversario de Espejo de paciencia de Silvestre de Balboa." *Cultura y letras cubanas en el siglo XXI*, editado por Araceli Tinajero. Iberoamericana-Vervuert, 2010, pp. 277-294.

Morán, Francisco. "Domingo del Monte, ¿'El más real y útil de los cubanos de su tiempo'?" *Dirāsāt Hispānicas: Revista Tunecina de Estudios Hispánicos*, no. 3, 2016, pp. 39-65.

Moreno Fraginals, Manuel. *El ingenio: complejo económico social cubano del azúcar (1978)*. Crítica, 2001.

---. "Negrofobia." *Órbita de Manuel Moreno Fraginals, editado por Alfredo Prieto*. Unión, 2009.

Murov, Maureen Spillane. "Rewriting the Revolution: Intellectual Identity in *La novela de mi vida*." *Caribe: Revista de Cultura y Literatura*, vol. 12, no. 2, 2009/2010, pp. 17-34.

Nemser, Daniel. *Infrastructures of Race: Concentration and Biopolitics in Colonial Mexico*. University of Texas Press, 2017.

Padura Fuentes, Leonardo. *La novela de mi vida*. Tusquets, 2002.

---. "Yo quisiera ser Paul Auster." *Yo quisiera ser Paul Auster: ensayos selectos*. Verbum, 2015, pp. 285-290.

Pérez, Janet. "Leonardo Padura Fuentes: *La novela de mi vida*. Academic Detecting and the Novela Negra." *Hispanófila*, no. 143, 2005, pp. 111-120.

Ponce, Néstor. "Las memorias de Leonardo Padura. Diálogo alrededor de *La novela de mi vida*." *Amerika*, vol. 20, 2020. <https://doi.org/10.4000/amerika.12296>.

OBRAS CITADAS

Sánchez, Pablo. "The Historical Diagrams of Leonardo Padura." *Philologia hispalensis*, vol. 30, no. 2, 2016, pp. 65–77. <https://doi.org/10.12795/PH.2016.i30.20>.

Sommer, Doris. *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*. University of California Press, 1991.

Vizcarra, Héctor Fernando. *El enigma del texto ausente: policial y metaficción en Latinoamérica*. Almenara, 2011.

Watt, Ian. *The Rise of the Novel: Studies in Defoe, Richardson, and Fielding*. University of California Press, 1957.